

Discípulo de Jesús, el bufón colgado del leño

Homilía en la Misa en sufragio del Papa emérito Benedicto XVI

S.E.R. Cardinal Mario Grech
Secretario General del Sínodo

*Catedral de la Asunción - Il-Belt Victoria, Diócesis de Gozo
Sábado, 7 de enero de 2023*

Traducción del italiano

En un pueblo de Dinamarca había un circo. Una noche, el circo se incendió. El dueño del circo dio instrucciones a uno de los bufones para que fuera al pueblo y contara a los aldeanos lo del incendio y les rogara que acudieran en ayuda de los trabajadores del circo que intentaban apagar el fuego. Sin embargo, el bufón pronto se dio cuenta de que, a pesar de sus gritos, nadie le escuchaba. No porque la gente no le oyera, sino porque veían que el que gritaba era un bufón y le trataban como tal. Pensaron que era algún tipo de publicidad para atraer a la gente a visitar el circo. La gente no le creyó y le ignoró. No se comprendió al bufón.

Este relato se encuentra en uno de los escritos del filósofo danés Kierkegaard. Es también el relato con el que Joseph Ratzinger abre el que es uno de sus mejores libros, *Introducción al cristianismo*. Ratzinger, en continuidad con Kierkegaard, cree que la persona creyente, o incluso la Iglesia, se parece en algo al bufón del cuento. Gritan pero nadie les hace caso. El hombre creyente de hoy es el hombre constantemente incomprendido.

En la historia del bufón y en el hecho de que el propio Ratzinger en 1968, entonces un joven teólogo, eligiera comenzar su libro con esta historia, vislumbro una sugerencia: la historia del bufón y la historia personal de Joseph Ratzinger tienen afinidades. Aunque Ratzinger nunca lo dijo explícitamente, vislumbro una identificación o al menos una similitud entre la historia del bufón y la historia personal del Papa teólogo bávaro.

Al igual que el bufón, Joseph Ratzinger también tenía un importante mensaje que transmitir. No se trataba de la destrucción del circo, sino de la destrucción metafórica que la dominación del relativismo estaba acarreado a la cultura europea. Desgraciadamente, como le ocurrió al bufón, Ratzinger siguió siendo a menudo una voz incomprendida. Y ésta ha sido una constante en la vida, la teología y el papado de Joseph Ratzinger.

Joseph y la familia Ratzinger no fueron comprendidos cuando, en el contexto nazi de Alemania, expresaron una resistencia pasiva.

A Joseph Ratzinger no se le entendió como teólogo cuando, en el periodo posterior al Concilio Vaticano II, cuestionó que ciertas reformas propuestas por algunos de sus amigos fueran realmente por el bien de la Iglesia. Por ello, pagó un alto precio. No sólo tuvo que renunciar a la prestigiosa cátedra que ocupaba en la Universidad de Tubinga, sino que tuvo que sacrificar su amistad con varios colegas teólogos.

Ratzinger no fue comprendido durante su estancia en Roma como prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, donde tenía fama de ser una persona rígida e inflexible – *Panzerkardinal* (*Cardenal acorazado*).

Ratzinger no fue comprendido ni siquiera como Papa. A modo de ejemplo cito aquí el discurso que pronunció en la Universidad de Ratisbona y su insistencia en la contigüidad entre razón y fe.

No se entendió a Ratzinger ni siquiera cuando dimitió. Su figura y su recuerdo son a veces utilizados y politizados para crear un antagonismo entre el Papa Benedicto y el Papa Francisco.

Estos pocos ejemplos muestran claramente cómo la incomprensión fue un factor constante en la vida y la misión de este hombre. La historia del bufón y la de Joseph Ratzinger son paralelas y similares en muchos puntos. Esto no significa, por un lado, que Ratzinger no fuera consciente de que su historia era como la del bufón de Kierkegaard, ni, por otro, que quisiera parecerse al bufón incomprendido por todos.

Ante él, Ratzinger tenía una doble elección: seguir buscando la verdad y sólo la verdad -y para él la verdad no era otra que el propio Jesús-, con el riesgo que ello conlleva, de no ser comprendido por el mundo contemporáneo; o, por otro lado, dejar de ser visto como un bufón, transigir con la verdad, dejar de buscar lo que es justo, bueno y verdadero. Para Ratzinger, la respuesta era obvia. Nunca estuvo dispuesto a transigir con la verdad, a dejar de buscar la verdad, costara lo que costara. Ciertamente Ratzinger no habría querido ser el bufón, pero a veces ser el bufón es el precio que hay que pagar si se quiere vivir de acuerdo con la verdad.

Ratzinger fue un hombre que buscó la verdad por encima de todo, pero también fue el hombre humilde que nunca afirmó saberlo todo, haber encontrado toda la verdad. De hecho, toda su vida fue una continua búsqueda de la verdad, un continuo deseo de adentrarse en el misterio de Dios. Y cuando no entendía a Dios, no temía preguntar, como cuando visitó el campo de concentración de Auschwitz: "*¿Por qué, Señor, has permanecido en silencio? ¿Por qué has podido tolerar todo esto?*" (Discurso en Auschwitz-Birkenau, 28 de mayo de 2006). La búsqueda de la verdad de Ratzinger nunca estuvo exenta de esa humildad ante el misterio cada vez más grande de Dios.

Por último, para Ratzinger, a pesar de ser un teólogo brillante, la verdad que buscaba nunca fue una verdad abstracta. Pascal distinguía entre el Dios de los filósofos y el Dios de Abraham, Isaac y Jacob. Ratzinger hizo lo mismo. No buscaba conceptos filosóficos, sino al Dios de Jesucristo. Fue su amor a este Dios, su encuentro con Jesús, lo que guió toda su vida. En efecto, como solía decir: "*En el comienzo del ser cristiano no hay una decisión ética o una gran idea, sino el encuentro con un*

acontecimiento, con una Persona, que da a la vida un nuevo horizonte y, con ello, la orientación decisiva" (Deus caritas est, 1). Esta Persona es Jesucristo.

Hoy celebramos la Epifanía. Los Magos lo dejaron todo para ir en busca del niño. T. S. Eliott, en su poema *El viaje de los Reyes Magos*, dice que *"todo esto era una locura"*. Es una locura dejarlo todo para ir en busca de un niño. La locura de los Reyes Magos se parece a la locura de Ratzinger. La búsqueda de Jesucristo, la verdad encarnada, la estrella brillante de su vida, le llevó a hacer cosas asombrosas, aparentemente insensatas, y por ellas tuvo que pagar un alto precio, incluido el de aparecer como un bufón incomprendido.

Joseph Ratzinger debe ponernos -a la Iglesia de Malta y Gozo- en crisis. Porque también nosotros, con el paso de los años, nos parecemos cada vez más a ese bufón incomprendido. Creo que en este contexto tenemos que preguntarnos por qué aparecemos como bufones. ¿Acaso hemos vaciado el mensaje de Cristo? Si es así, tenemos que revisar lo que decimos y la forma en que lo expresamos y vivimos. Pero puede haber otra razón. Parecemos bufones porque intentamos ser auténticos discípulos de la verdad del Evangelio; porque siempre ha habido y siempre habrá hostilidad al mensaje evangélico en el mundo (cf. Jn 15,18). Si esta es la razón por la que parecemos bufones, entonces podemos fijarnos en la figura del Papa Benedicto y tomarle como modelo. El que nunca transigió con la verdad, pase lo que pase. Creía que la salvación, al final, viene de la necedad: porque somos discípulos de Jesús crucificado, el *bufón colgado* del leño, escándalo para los judíos y necedad para los paganos (cf. *1 Co 1,23*).

Esta es la elección que hizo Ratzinger. Una elección nada fácil, que tiene un alto precio. Esta es la elección que se nos invita a hacer como Iglesia y como cristianos. Y si a veces surge un momento de desánimo, recordemos lo que dijo Benedicto XVI al comienzo de su pontificado: *"¡No tengáis miedo de Cristo! Él no quita nada y lo da todo. Quien se da a él, recibe el ciento por uno. Sí, abrid, abrid de par en par las puertas a Cristo, y encontraréis la verdadera vida"* (*Homilía al inicio del Ministerio petrino*, 24 de abril de 2005).